

Consecuencias de la Revolución: el nacimiento de las facciones políticas según la mirada de Tulio Halperin Donghi

Ignacio Zubizarreta *

La propuesta que aquí presento no pretende analizar la monumental obra de Tulio Halperin Donghi en sí misma, como ya lo han hecho recientemente otros historiadores en un dossier dedicado a su figura y su legado en *Prismas, Revista de historia intelectual*. Sino tomar como punto de partida algunas ideas de su libro *Revolución y Guerra* que me han parecido centrales a lo largo de mis trabajos de investigación. En la presente disertación intentaré reflejar en qué medida una obra que cumple 43 años sigue teniendo tanta fascinación para aquellos que hoy en día seguimos involucrados en la investigación del siglo XIX.

Revolución y Guerra, antes del surgimiento de la renovación de la historia, y particularmente de la historia política en 1983, ponía en el centro de discusión ciertas temáticas con increíble originalidad. Se asume como un libro de historia política, según su prólogo, y promete analizar las vicisitudes de la elite dirigente que nace, se destruye y renace, tal como el ave Fénix, consecuencia del propio proceso de la revolución y de la guerra. En este sentido, se trata de un estudio sobre la elite política rioplatense entre fines del periodo colonial y el comienzo del régimen rosista. Y si el análisis de lo que atañe al comienzo cronológico de la obra, es decir, la revolución y la guerra independentista, ha quedado en manos de los otros dos compañeros aquí presentes, mi interés en este panel es centrarme en el alcance de dicho proceso, en sus consecuencias más inmediatas, y quisiera detenerme por sobre todo en la década de 1820. No es ésta una propuesta caprichosa, ni que sólo pretende ajustarse cronológicamente a mis temas previos de investigación doctoral. En realidad, y curiosamente, si uno lee con atención la extensa conclusión que ofrece *Revolución y Guerra*, se percibe que mucho más de la mitad de ella está dedicada a la década de 1820.

¿Por qué, entonces, una obra que se supone que debe sondear en el análisis del nacimiento de la elite revolucionaria, se extiende hasta la tardía fecha de 1829? Intuyo que se debe a que el autor pretende explorar esa elite revolucionaria desde el fin del periodo colonial hasta la siguiente etapa que podría considerarse de relativa estabilidad política (y aquí por estabilidad política infiero un gobierno que logra mantenerse en el poder al menos por los tiempos mínimos estipulados institucionalmente). Y eso no sucede sino hasta la consolidación del régimen de Rosas. Todo el periodo que existe entre dichos extremos temporales,

* Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas / Instituto Ravignani, Universidad de Buenos Aires
Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de La Pampa
Correo electrónico: ignzubizarreta@gmail.com

turbulento por cierto, difícil de analizar, es el que nuestro autor escoge para reflexionar al respecto. Y si ese periodo es particularmente turbulento, lo es porque su seno se encuentra repleto de tensiones y contradicciones, siendo justamente ellas las que analiza con maestría el autor. Tensiones que a su vez demuestran las dicotomías no sólo propias de la época, sino, en gran parte, las que la historiografía posterior agrandaría y reforzaría. Halperin buscaba despegarse de las mismas pero también jugar con ellas. Aquí, sin profundizarlas, las desplegaremos: provincianos-porteños, poder central-poder regional, privado-público, familia-individuo, mundo urbano-mundo rural y civilización-barbarie.

Nuestro autor encuentra otra dicotomía muchos menos explorada y discutida hasta ese entonces por la historiografía —si bien todas las anteriores fueron analizadas por él a su manera, dándoles una vuelta de tuerca adicional—, y que podría sintetizarse en: detentadores del poder-administradores del poder. Explicaré brevemente a qué se refiere con esta novel tensión dicotómica. Para Halperin, antes del momento revolucionario, el poder era poseído y estaba administrado por una misma élite; élite no uniforme, puesto que una de las principales causas que motivó la propia revolución radicó en la tensión existente entre criollos y peninsulares. La élite de ese entonces, como bien sabemos, estaba nutrida por unos y por otros, y los motivos de la división entre ambos eran múltiples. Pero las funciones asignadas a los miembros de la elite en la administración colonial se confundían o eran indistintas, más allá de cierto predominio en algunos cargos que quedarían en manos efectivas de peninsulares por causa de las reformas borbónicas. La revolución generaría una división inédita en el interior de la élite y eso se produjo porque se introdujo con fuerza una dimensión novedosa: la vida política.

El autor, entonces, detecta dos momentos en el periodo que estudia. En el primero, que va de 1810 hasta 1820, es decir, del 25 de mayo hasta la caída del Directorio, los detentadores del poder y los administradores se seguían confundiendo. Eran de raigambre urbana. Aunque surgían actores nuevos que lograban alcanzar los altos mandos siguiendo las veleidades de la carrera de la revolución, se adherían a una estructura de poder preexistente. Y si desde el mundo rural ya comenzaba a resquebrajarse la autoridad central heredada de la Corona, o bien se luchaba contra esa disidencia, como sucedió con Artigas, o bien se la sumaba a la causa, siguiendo el ejemplo de Güemes.

En cambio, el segundo momento que detecta Halperin, que se extiende desde la caída del Directorio hasta la llegada de Rosas al gobierno bonaerense, se caracteriza por una transferencia de poder, ni total ni instantánea, desde esa elite urbana a los nuevos caudillos de raigambre rural, principalmente surgidos de los cuerpos milicianos y configurados inicialmente para complementar las fuerzas de línea. En rigor a la verdad, esas elites urbanas de comienzos de la década de 1820 ya no eran las mismas. Años de revolución y guerra habían transformado un tanto las cosas. Se había consolidado una gran brecha entre los detentadores del poder, es decir, los que tenían la fuerza, y los administradores, aquellos que poseían los saberes adecuados para mantener los gobiernos bajo ciertos lineamientos institucionales y con capacidad para administrar los magros recursos de los inestables estados provinciales. En otras palabras, los “profesionales de la política”. La alianza entre estas dos esferas, los que predominaban en el uso de la fuerza y los otros, con preeminencia en el mundo letrado-administrativo, claramente se explica en el hecho de que cada grupo por separado no era capaz de llevar correctamente el timón de un gobierno.

El análisis halperiniano de esta convenida coalición de esferas me ha estimulado en mis estudios doctorales a detenerme en la cohesión interna de la facción que estudié por muchos años, la de los unitarios. ¿Había también en ella distintas esferas? Numerosas in-

investigaciones de historiadores y científicos políticos consideran que una característica intrínseca de las facciones decimonónicas, amén de la ausencia de ideologías precisas, era la inexistencia de cierta división de tareas. Y si Halperin demostraba una división de esa naturaleza, quizás no tajante, pero existente en el seno de la elite dirigente de ese periodo, ¿por qué no pensar que también algo de dicha segmentación podía ser trasladable a las facciones en que esa misma elite estaba particionada? Efectivamente, esa motivación que la lectura de Revolución y Guerra me había despertado, me permitió introducirme en el mundo unitario para descubrir allí una tensión remarcable entre el elemento letrado-intelectual y el grupo de los militares. Cada uno de ellos actuaba bajo ciertas lógicas y constituían en sí mismo esferas de pertenencia bastante definidas. La prosopografía me permitió ver más en detalle la naturaleza de esas divergencias, y gracias al trabajo de Halperin pude profundizar en una dimensión de la facción estudiada tal vez no inicialmente imaginada. Y me parece que ese es el elemento central de mi exposición. Creo que no diré nada muy nuevo al respecto. La obra del historiador que aquí nos encontramos homenajeando, ha funcionado como motor de nuevas hipótesis. La capacidad de Halperin, tal vez inigualable en nuestra disciplina, de pensar las cosas de un modo diferente, inédito y cuestionador ha facilitado la apertura de campos de exploración por doquier, los que constituyen al presente los núcleos de ideas centrales en muchas de nuestras principales investigaciones y tesis.

Antes de concluir, me gustaría indicar otra de las ideas motivadoras que Halperin despertó en mi trabajo doctoral. Una idea que también se puede enmarcar como una problemática típica del periodo revolucionario y que adquiere mayor intensidad en la década de 1820. Me estoy refiriendo al mismo concepto y a la propia caracterización de una facción política. Inexistentes como tales antes de la revolución al amparo del unanimismo monárquico y al temor de la autoridad regia, se despliegan con fuerza a partir de la caída del régimen español. Conocemos primero las de morenistas y saavedristas. Tal vez también podrían ser consideradas por tales las integradas por realistas y patriotas, aunque rara vez se las retrate de facciones. Directoriales, artiguistas, alvearistas y otras experiencias facciosas surgen al calor de la guerra revolucionaria, en la búsqueda común de instaurar un tipo de orden, el que fuese, una vez mermada la estructura del poder colonial. Pero, sin dudas, las de unitarios y federales serían las que adquirirían más preponderancia, constancia y entidad, además de, en algún punto, coherencia en el plano ideológico, sin por ello querer decir que lograron representar una ideología claramente definida.

Entendemos por facción, siguiendo la bibliografía correspondiente, a una agrupación de individuos que conforman una coalición temporal con el objeto de lograr uno o varios fines determinados a través distintas modalidades de participación -política, militar, económica, etc.-. Dicha agrupación, generalmente en competencia e incluso en constante conflicto con otras de su tipo, no guarda una jerarquía orgánicamente establecida, pero sí contiene escalas no formales que remiten en el nivel superior a la voluntad de un líder. Este último suele actuar con fines personalistas, moviliza por atracción y liderazgo y carece de propuestas políticas claramente definidas. Algunos ropajes ideológicos, no obstante, le sirven al cabecilla de fachada para atraer voluntades de diversa índole. Pero, dicho líder, también se ve obligado, en un sistema de connotaciones clientelísticas, a la asignación de favores de los más variados para retribuir el apoyo material y simbólico que se le presta. Aclarada la definición de facción, cabe destacar que Halperin la emplea reiteradamente. Y si bien la correcta definición y utilización de este término es actualmente puesta en cuestión por algunas voces autorizadas, es fundamental remarcar el contexto en que Halperin se sirve de ella. A fines de los sesenta y principios de los setenta, la casi totalidad de la historiografía nacional retra-

taba a los grupos políticos decimonónicos como “partidos”, es decir, bajo la misma palabra que usamos al día de hoy para definir a peronistas, radicales, socialistas, etc.

De esta manera, Halperin introduce una concepción distintiva reflejando así, de modo verosímil, las formas de acción política del periodo que estudia, las que muy poco tenían que ver con las modalidades de un “partido” moderno. Puede que, habiendo pasado más de 40 años de la primera publicación de *Revolución y Guerra*, se nos antoje que facción tampoco constituya el término más correcto para indicar a los grupos políticos del periodo independentista y post-independentista. En la obra de Halperin, los actores, tal vez como consecuencia de una mirada demasiado utilitarista, son extremadamente racionales y actúan siempre midiendo el interés de cada acción que ejecutan. Tal vez, esa racionalidad deja poco lugar a los sentimientos, lo temperamental, lo irracional y las empatías, tan presentes en la política como en cualquier otro ámbito de la vida. La ideología es otro ausente importante en esa interpretación sobre la concepción y el accionar en la política interpretada desde la mirada halperiniana. Más que críticas hacia su postura, se trata de puntos de vista que pueden diferir muchas veces entre los historiadores y esas divergencias son siempre estimulantes en la investigación científica. Pero si en algo suelen coincidir la mayoría de los que integran nuestro oficio es en la trascendencia y en el valioso legado de Tulio Halperin Donghi. Sólo dos ejemplos expuse recién acerca de la importancia que *Revolución y Guerra* tuvo para mi trabajo de tesis doctoral, podrían ser muchísimos más.

De los aquí presentes, a los legos o meros simpatizantes por la historia, no sé si me atrevería a recomendar sin más la lectura de esta gran obra, pues, como indicaba Thomas McGann hace muchos años, investigador de Harvard y quien primero hizo la reseña de la versión en inglés: “Halperin Donghi no escribe para principiantes”. Tampoco escribe de manera amena. *El Enigma de Belgrano*, su último libro, comienza con una oración de 24 largos y farragosos renglones. Pero, para los estudiantes de historia presentes en esta sala, evadirse de la lectura de Halperin les resultará, afortunadamente, inevitable.